

JUICIO CONTRA UNA PROSTITUTA DEMÓSTENES



Dejémoslo claro desde el comienzo: a pesar de su título, *Juicio contra una prostituta* no es el tipo de libro que los amantes de la ficción policíaca conocen como legal *thriller*, aunque por momentos, no lo duden, pueda parecerlo. Tampoco es una novelita estilo *peplum* ambientada en un juzgado de la antigua Grecia. En realidad, no es más que una historia real perdida en las profundidades de la Historia, y magistralmente reconstituída por Demóstenes como testigo directo de los hechos. ¿Y qué tipo de historia? La de una prostituta de origen extranjero que, gracias a su excelso dominio de las artes amatorias, a punto estuvo de convertirse irregularmente en ciudadana y de alzarse hasta uno de los grandes centros de poder de la Atenas Clásica. No se lo permitieron, por supuesto, pues repito: era mujer, prostituta e inmigrante. La historia también podría resumirse así: la de dos personajes bastante vulgares, una prostituta y su marido-proxeneta, que vivieron hace más de veintitrés siglos y que vieron cómo su irreprimible deseo de ascenso en la escala social se topaba con la estructura inmovilista de las instituciones arcaicas.

Juicio contra una prostituta es, por tanto, una historia extraña y jugosa, una rareza editorial y un fresco impagable tanto de las costumbres y la vida sexual de la Grecia Clásica como de las contradicciones que caracterizaban su sociedad.

Índice

Pornografía, política y sintaxis: delitos del cuerpo, abusos del lenguaje

Juicio contra una prostituta

Notas

PORNOGRAFÍA, POLÍTICA Y SINTAXIS:

DELITOS DEL CUERPO, ABUSOS DEL LENGUAJE

«En principio, la inteligencia del héroe es intermitente y limitada a su papel de matador de monstruos. Pero cuando el propio héroe consiga romper el marco de su papel, sin abandonarlo, cuando aprenda a ser también traidor, mentiroso, seductor, viajero, naufrago, narrador, entonces será Ulises, y acompañará su primera vocación, que es la de derrotarlo todo, de otra nueva: entenderlo todo».

Las bodas de Cadmo y Harmonía
Roberto Calasso

1.

Helena, nada es nunca lo que parece... La literatura, por ejemplo, el sueño. La distancia, el horror, la noche. La pasión, la destrucción, la muerte. Nada es lo que parece. Ni siquiera el poder, ni la palabra. Ni siquiera el amor, la tempestad o el llanto, el conjuro y la seducción, las voces, todas las voces que, al parecer, pueblan y emiten nuestros estantes. Platón retumba, se propaga como un insulto proferido desde el fondo de la historia: olvidemos a Tisias y a Gorgias, perros de gruñir tan bello que convierten en grandes las cosas pequeñas y en ciertas las aparentes...^[1] Todo se dice. Todo, porque se dice, no es nunca lo que parece. Lo escrito no es lo que parece. Lo sentido, lo visto, lo escuchado no es lo que parece, ni siquiera el sabor, el olor, el tacto. Todo es engaño, Helena, un veneno melodioso y mortal destilado por sirenas devoradoras de hombres:

Llega acá, de los dánaos honor, gloriosísimo Ulises, /
de tu marcha refrena el ardor para oír nuestro canto /
porque nadie en su negro bajel pasa aquí sin que
atienda / a esta voz que en dulzores de miel de los
labios nos fluye. / Quien la escucha contento se va co-
nociendo mil cosas.^[2]

Voces con garras para el náufrago fecundo en ardidés que quiere escuchar y no morir, sentir la enajenación por la palabra sin dejarse arrastrar –imagino a Odiseo encadenado al mástil, los insultos, las amenazas...–. En su ensayo *De la seducción*, Jean Baudrillard subraya la identidad milenaria de una tríada irresistible: la seducción, el diablo, el mundo. Mecanismos de confusión y desvarío. Estrategias sibilinas como la mujer adámica o la retórica. Milton dibuja en *El paraíso perdido* los contornos de la Persuasión (*Peitho*), esa divinidad invencible y diabólica –hija de Error, de Océano, de Prometeo– representada en la figura de Belial:

Del lado opuesto se levantó Belial, en ademán más gracioso y menos fiero. Nunca se vieron privados los cielos de tan hermosa criatura; parecía estar predeterminado a las dignidades y los grandes acontecimientos, pero todo en él era afición y vanidad por más que destilara maná su lengua, y diera apariencias de cuerdos a los más falsos razonamientos, torciendo y frustrando los consejos más acertados. Era de pensamientos humildes, ingenioso para el vicio, tímido y lento para toda acción generosa, pero sabía halagar los oídos, y con persuasivo acento comenzó así.^[3]

¿Qué hacer con la palabra? En cualquiera de sus formas, Occidente desconfía de la oratoria y el canto como de la mujer, el diablo y el mundo: monstruos marinos que arrebatan al más prudente de los hombres, ruinas, abismos, ángeles caídos, hembras seductoras, figuras de la pérdida y la eficacia sensible cuyo trasunto filosófico emerge en la degradación racional del universo de las apariencias. El Padre Parménides huye de los pareceres de los mortales –en los que no cabe convicción alguna–^[4] y localiza a su Diosa lejos de las ciudades de los hombres; Heráclito el umbrío^[5] nos recuerda que no hemos de escucharle a él, sino al Logos: tras el error y la confusión del devenir nos

espera la verdadera unidad de todas las cosas. Los hombres se equivocan respecto del conocimiento de las cosas manifiestas, son necios y majaderos, pero ante todo estúpidos, porque «un hombre estúpido suele excitarse con cualquier palabra»^[6] y nada hay que nos excite más que una palabra pronunciada en el momento justo y de la manera correcta. La palabra es el reino y la locura de todos los hombres, animales ciegos y sordos, sonámbulos que se creen despiertos, píndaros y calderones, plautos, cartesios, «horda sin discernimiento a quienes de ordinario ser y no ser les parece lo mismo y no lo mismo y de todas las cosas es regresivo el camino»^[7].

El mundo, Helena, es una fábula, un ajetreo rítmico, un hechizo, una orgía de sombras, palabras e imágenes cuya apariencia irresistible dilata la espera de la verdad y obstruye el acceso al Bien y a la Justicia. Hay un tirano oculto entre los hombros de Aristocles, un Platón que todo lo sabe, como el mar —pero se olvida—^[8], y comprende que la palabra es instrumento democrático, ley de multitudes, titán demoledor. Rifles de asalto bajo la almohada del Dr. Nietzsche:

¿Que qué es lo que pertenece a la idiosincrasia del filósofo...? Pues, por ejemplo, su carencia de sentido histórico, su odio a la idea misma de devenir, su afán de esteticismo egipcio. Los filósofos creen que *honoran* algo cuando lo sacan de la historia, cuando lo conciben desde la óptica de lo eterno, cuando lo convierten en una momia. Todo lo que han estado utilizando los filósofos desde hace miles de años no son más que momias conceptuales; nada real ha salido con vida de sus manos. Cuando esos idólatras adoran algo, lo matan y lo disecan. ¡Qué mortalmente peligrosos resultan cuando adoran! Para ellos, la muerte, el cambio, la vejez, al igual que la fecundación y el desarrollo, constituyen objeciones, incluso refutaciones. Lo que es, no *deviene*; lo que deviene,

no es... Ahora bien, todos ellos creen, incluso de una forma desesperada, en lo que es. Pero como no pueden apoderarse de lo que es, tratan de explicar por qué se les resiste. «Si no percibimos lo que es, debe tratarse de una ilusión, de un engaño...». ¿Quién es el que engaña? «¡Ya está!», exclaman alegres: «¡Es la sensibilidad!». Los sentidos, que son tan *inmorales* también en otros aspectos, nos engañan respecto al mundo *verdadero*. Moraleja: hay que librarse del engaño de los sentidos, del devenir, de la historia, de la mentira. La historia no es más que dar un crédito a los sentidos, a la mentira. Moraleja: hay que negar todo lo que da crédito a los sentidos, a todo el resto de la humanidad; todo ello es «vulgo». ¡Hay que ser filósofo, ser momia, representar el monótono teísmo con mímica de sepulturero! Sobre todo, hay que rechazar esa lamentable idea fija de los sentidos que es el cuerpo, sometido a todos los errores lógicos posibles, cuya existencia no sólo ha sido refutada, sino que resulta imposible, pese a que el muy insofistente actúa como si fuera real...^[9]

El arte sensible de la palabra hablada, el arte de persuadir, convencer, seducir y manipular, el arte de gobernar el universo afectivo del animal racional con el fin de satisfacer su fuero interno y orientar, así, sus decisiones, no podía gozar de respeto alguno en una tradición ideológicamente gobernada por la *ratio*, el cálculo y el cristianismo. Y, sin embargo, dice Nietzsche, es necesario escribir con el cuerpo, homenajear las apariencias, ser griegos una vez más para, por fin, dejar de ser superficiales... Quien tenga oídos, oiga: nada nunca es lo que parece, todo es siempre un simulacro, versión, literatura; las sombras de Píndaro, los sueños de Homero, las voces de Zeus y del tahúr, Borges y Mallarmé repitiendo borrachos un mismo exceso: el mundo existe para el libro, el universo es un relato y todo sufrimiento habita y muere en la longitud de un discurso, *mundus est fabula* y tal vez sea cierto que los dioses tejen

desgracias para los hombres con el único fin de dar al poeta algo que contar. El mundo existe para el libro y es una excusa para el canto, una coartada poética, una bravata en verso y un delirio, como Helena, un exceso y una alucinación, como Helena, un engaño, un gesto, una metáfora del poder, una metáfora del amor, una derrota. Hablar para seducir. Escribir para someter. Narrar para no morir nunca, para seguir matando.

Los trazos del escritor, los gestos del orador, los *discursos*. Roberto Calasso despeñándose desde el comienzo de este prólogo: «En principio, la inteligencia del héroe es intermitente y limitada a su papel de matador de monstruos. Pero cuando el propio héroe consiga romper el marco de su papel, sin abandonarlo, cuando aprenda a ser también *traidor, mentiroso, seductor, viajero, naufrago, narrador*, entonces será Ulises, y acompañará su primera vocación, que es la de derrotarlo todo, de otra nueva: entenderlo todo»^[10].

Te creo, Helena. Nada es nunca lo que parece. Ni siquiera tú, el más bello de los simulacros.

2.

Helena, Gorgias, Rilke... ¿recuerdan aquella obertura?:

¿Quién, si yo gritara, me oiría desde las jerarquías /
de los ángeles?, y aún en el caso de que uno me /
cogiera de repente y me llevara junto a su corazón:
yo perecería / por su existir más potente. Porque lo
bello no es nada / más que el comienzo de lo terrible,
justo lo que / nosotros todavía podemos soportar,
/ y lo admiramos tanto porque él, indiferente,
desdeña / destruirnos. Todo ángel es terrible^[11].

Lo bello, el comienzo de lo terrible... ¿Recuerdan aquella defensa? «La palabra es un poderoso soberano, que con

un pequeño y muy invisible cuerpo realiza empresas absolutamente divinas»^[12].

¿Qué hace la palabra? ¿Qué puede? ¿Cómo domar ese cuerpo ínfimo y precioso situado en el umbral del espanto? Gorgias y Rilke tienen en común una apuesta por la ambivalencia y el carácter demoledor de la belleza: tras el simulacro, nos aguarda el infierno o la nada, el vacío o el espanto. No obstante, también existe entre ambos una diferencia del tamaño del bostezo hesiódico que obsesionó al joven Epicuro: Gorgias ha optado por la problematización y el goce de la superficie, Rilke es un felino amaestrado que no se resiste a husmear detrás de las apariencias persiguiendo, repito, la Verdad, el infierno o la nada. No tengo nada contra Rilke. Es más, a veces llevo la traducción de Eustaquio Barjau en el bolsillo de mi abrigo y, si hace sol, me atrevo incluso a sacarla y a leer unos versos en público. Rilke me gusta, pero debo abandonar a sus ángeles terribles si quiero escribir el nombre de Demóstenes en este prólogo excesivo a la traducción excelente del texto de un orador tartamudo: *Juicio contra una prostituta*.

Con estos editores llegó el escándalo... Ya estamos... Editores indecentes. Editores viciosos, impertinentes, infames. Ustedes creerán que la arqueología es un arte pseudo-foucaultiano al servicio de los niveles de audiencia y que el morbo, la solfa y el jaleo deciden la calidad del producto, la agilidad del depredador en el interior de la jungla o el comercio editorial. Pensarán que el único modo de vender –¡ay!– un discurso privado de Demóstenes es provocar un choque de trenes y combinar eficacias, reunir, por ejemplo, en un volumen ligero de hermosa factura la tensión del relato judicial –Sidney Lumet, Otto Preminger y Earl Stanley Gardner encerrados en un ascensor hablando de retórica forense– con el oficio más antiguo de todos los tiempos... Ustedes dirán que el único modo inteligente de vender al bueno de Demóstenes es recordando la anécdota de las piedrecitas en la boca y, si es posible,

añadiendo juicios, putas y abogados, delitos, faltas y derecho antiguo. Sobre todo piedras y putas, muchas putas y muchos abogados. Comprendo... La lógica del sensacionalismo es implacable y no conoce fronteras de género, tiempo o espacio. Comprendo muy bien, sí señor... Supongo que Homero no era más que un bardo ciego y listísimo que murió incapaz de descifrar el acertijo formulado por un grupo de jóvenes traviesos; Homero era un invidente con tendencias suicidas digno de ser expulsado de las competiciones y azotado, como Arquíloco^[13]. ¿Quién?... Arquíloco, un mercenario borrachín de bronca fácil —«de pelearme contigo son tan grandes mis ganas / como las de beber, cuando la sed me abrasa»—^[14], un bebedor resentido de muy mal gusto —«tenía hinchado el miembro / como el de un borrico de Priene / un garañón repleto de cebada»—^[15], un tipo que no hizo sino rimar vergas, chuscos y lanzas, el obseso de Paros con tono amenazante: «Y si pudiera caerle sobre el zurrón bregado / y acomodarle el vientre sobre el vientre, y las piernas / rozándole las piernas». Ya veo, ya... Qué bribón, el tal Arquíloco, literatura crujiente para mentes callejeras. ¿Y qué pasa si soy de clase alta y me gustan los excesos, pero ya me cansé de Anaïs Nin? Entonces Safo, señora, Safo y los verbos húmedos de la lengua griega, *lesbiázein*, por ejemplo, que, según Plutarco, significa «lamer las partes sexuales»^[16]. ¡Mira qué bien! Claro que sí... Y, por último, si las fronteras se diluyen y lo que queremos es vender y más vender y comprar y más comprar, entonces nada como Marcial y Catulo el cachorro, aquellos versos de sobremesa irresistibles para cualquier hombre de carne y letras:

Te lo ruego, dulce Ipsitila mía, / encantos y delicias
de mi vida, / invítame a tu casa por la siesta / y hazme
este otro favor, si es que me invitas: / que nadie eche
el cerrojo de la puerta / y ten tú la bondad de no
salir. / Mejor quédate en casa preparada / para echar

nueve polvos sin parar [*novem continuas fututiones*].
/ Aunque invítame ya, si vas a hacerlo, / que acabo
de comer y, panza arriba, / atravieso la túnica y el
manto^[17].

¡Madre mía! Se frotan las manos los eruditos: editores indecentes, lascivos y vendiendo Demóstenes, putas, piedras y abogados bajo la forma de un tratado del comercio carnal para el uso de las jóvenes generaciones. Lamento mucho decepcionarles. Lo lamento mucho y lo celebro más. Estos editores son indecentes, eso está claro. Son lascivos y, lo que es peor, inteligentes. Tanto, de hecho, tan indecentes, lascivos e inteligentes, que han sabido jugar con todos nosotros a la inversión literaria y a la transferencia. *Juicio contra una prostituta* es todo lo contrario de un ejemplo antiguo de literatura sensacionalista, es decir: es lo contrario de un ejercicio banal de palabra henchida para escándalo –y fruición– de las audiencias. El texto es más bien un discurso político y un espejo, un regalo griego con el que esta editorial de rumboso escote nos pasea por la realidad jurídica y política de la Atenas del siglo IV a. C. y, lo que es más importante, nos invita a una reflexión de extraordinaria actualidad sobre asuntos tan poco eróticos como el racismo, la inmigración, el machismo, los derechos civiles, la venganza, la retórica, las vísceras, la persuasión de las vísceras, la política y la palabra como mecanismos de manipulación de los afectos. Unos afectos que, tanto ahora como entonces, siguen anclados en el prejuicio, el conservadurismo y la habladuría. Demóstenes –demócrata sin democracia, como dice mi amigo José Vicente Muñoz– es el precursor y el denunciante de una sociedad del espectáculo donde las masas se agolpan en los juzgados para insultar a los presuntos criminales y las familias se desnudan en público al otro lado de la televisión; una civilización tan avanzada o tan precaria como la griega, donde el mejor modo de decantar a un jurado contra

el adversario es tildarle de enemigo de la moral pública y del sentido común: putero, puta o concubina; homosexual, bebedor o mala madre; ligera de cascos, mentirosa, extranjera... Todo vale. Tal vez esperaban un texto húmedo, pero esto es literatura. Esto es sociología, historia, teoría política y filosofía del derecho, una ocasión para el acercamiento crítico a eso que todavía nos pasa y que preferimos ocultar bajo el felpudo de la puerta de la entrada de nuestro chalet adosado.

3.

¿Qué puede, entonces, la palabra? Forcemos a Rilke un poco más. Desde el punto de vista estético, el equilibrio antagónico entre lo bello y lo terrible se expresa en una dimensión puramente afectiva. La palabra puede seducir, convencer, derrotar, incitar, distraer, inaugurar, fundar, condenar, mentir. Su belleza reside en la posibilidad del encantamiento, en la distancia precisa que media entre la construcción discursiva y su efecto sobre el otro, la masa, el auditorio, la tradición. El gesto es simple y certero. Tanto que a menudo olvidamos hasta qué punto eso que puede hacerse con palabras traspasa con mucho los límites de la individualidad, la biografía, el amor, la pasión y los afectos. La palabra, como Apolo, funda y destruye ciudades. Su repercusión política es, sin duda, el efecto de superficie más bello y terrible de cuantos puedan imaginarse. Y ello por una razón bien sencilla: allí donde la fundamentación del poder político en la verdad divina, en la conexión directa del tirano con la divinidad, ha sido sustituida por una pluralidad democrática de hombres libres que *dialogan para gobernarse*, el ritmo de la comunidad depende de las decisiones prudentes de hombres inteligentes tomadas en asamblea.

Ahora bien, esos hombres tan inteligentes que, en principio, hablan y toman decisiones prudentes, son, tam-

bién, animales emotivos con tendencias gregarias, receptores con vísceras, criaturas manipulables al servicio de la eficacia, ahora sí, de la palabra divina que, con un cuerpo invisible, es capaz de cualquier cosa. La democracia engendra retórica. La retórica engendra opinión. La opinión funda y destruye vidas, hombres, ciudades. El poder político conlleva, así, el riesgo de la instrumentalización de las masas con fines antidemocráticos y totalitarios. La palabra puede mucho más que el mundo, el poema o la belleza. La palabra puede el vicio predilecto de todo esclavo aspirante a amo: la proliferación de mecanismos ideológicos de denigración del otro (el vecino, el amante, el extranjero, el enemigo) con el fin de compensar las propias carencias y degradaciones^[18].

El proceso contra Neera, prostituta de Corinto y mujer de Estéfano, ciudadano ateniense, tuvo lugar entre el 343 y el 340 a. C. y es el único discurso forense dirigido contra una mujer que nos ha entregado la tradición^[19]. Si escuchamos a Ateneo, Plutarco o Quintiliano, lo cierto es que hubo más mujeres y mejores juicios, más espectaculares, al menos: Hipérides, abogado de renombre contemporáneo de Demóstenes, defiende a la hetera Frines, su amante, acusada de impiedad, despojándola de sus ropas frente a los jueces en un intento desesperado por obtener su absolución^[20]; o Aspasia, hetera de Mileto y concubina de Pericles, denunciada también por impiedad por el comediógrafo Ermipo^[21]. Junto a ella, Neera, mujer de Estéfano, antigua esclava, prostituta, usurpadora de derechos civiles. Tres mujeres dedicadas a la prostitución cuyos juicios han pasado a la historia de la retórica, bien por los detalles del proceso –el cuerpo desnudo de la bella Frines frente a los jueces babeantes–, o por el nombre de los personajes masculinos tangencialmente implicados en el mismo –Hipérides, Pericles o Estéfano–.

Los datos son relevantes porque nos hablan del conglomerado jurídico y social de la antigua Grecia. Las muje-

res están excluidas de la actividad jurídica. La mayor parte de los procesos que nos ha legado la tradición delatan enfrentamientos masculinos que, incluso en los casos de mujeres acusadas de impiedad –Frines y Aspasia– o usurpación de derechos civiles –Neera–, revelan hostilidad entre varones: el denunciante busca el perjuicio del adversario mediante la acusación de una mujer querida por este último^[22]. Eutias acusa a Frines porque la hetera le ha rechazado y se ha unido a Hipérides; Hipérides es el amante de Frines, ergo denunció a Frines para castigar a Hipérides. Otro ejemplo: Aspasia es la concubina de Pericles; Pericles, qué duda cabe, es un caramelito irresistible para cualquier depredador, sobre todo si tenemos en cuenta que era amigo personal del impío Anaxágoras y que compartía muchas de sus doctrinas; ergo acusa a Aspasia para herir a Pericles. El proceso contra Neera escrito por Demóstenes reproduce el mismo esquema, si bien el descaro de las motivaciones que conducen a la acusación de la cortesana es aún más explícito. El ciudadano ateniense Teomnesto acusa a Neera públicamente de usurpación de derechos civiles y añade a la causa algunos datos relevantes: Neera es una prostituta, una antigua esclava que, además, se ha casado con un ciudadano ateniense (Estéfano) al que ha dado hijos. Teomnesto no oculta en ningún momento cuál es el motor de sus acciones –¿qué puede la palabra?–:

Atenienses, he tenido muchas razones para poner esta denuncia contra Neera y acudir ante vosotros. Tanto mi cuñado y yo como mi hermana y mi mujer hemos sido realmente maltratados por Estéfano y por su culpa nos hemos visto en tales situaciones de extremo peligro, que no me presento en este juicio como acusador, sino como *vengador*. Él fue el primero en iniciar las enemistades, sin haber sufrido antes ningún mal de nuestra parte, ni de palabra ni de obra^[23].